

---

## CAPÍTULO IV.

Causas comunes ó generales de la pérdida de la fe.

### EL ESPÍRITU PAGANO.

La causa fatal de la pérdida de la fe en la espantosa proporcion que hemos consignado, y que deploramos amargamente, es la invasion de las ideas paganas y revolucionarias.

El espíritu pagano recobró su imperio en el siglo decimoquinto, en la época del Renacimiento, y continúa sus estragos por la enseñanza literaria que no ha cesado de inspirar y dominar.

El espíritu revolucionario verificó su irrupcion en 1789 por la declaracion de los derechos del hombre, y se desencadena de cada dia más y más.

De esta doble invasion de las ideas paganas y revolucionarias, resultó que el mundo está como sumergido en una atmósfera profundamente viciada, y al mismo tiempo

violentemente agitada, de sensualismo que se desborda por todas partes, de independencia de espíritu y de voluntad que saca de quicio á todas las almas. En el seno de esta atmósfera pérfida no ha perdido solamente la fe sus dos elementos esenciales, el SENTIMIENTO Y LA COSTUMBRE DE LO SOBRENATURAL, el RESPETO Y EL AMOR DE LA AUTORIDAD, sino que está además de tal manera sacudida, discutida, insultada, ojeada, que se debilita ó se pierde necesariamente cada día más.

El alma humana, en el siglo décimonono, es como un terreno ingrato y flojo hasta el exceso, atormentado continuamente en su superficie por vientos impetuosos. La buena semilla del Evangelio, la fe, puede apenas germinar en él dando vida á un tallo débil y muelle. Si de tarde en tarde sucede que haya echado bastante profundas raíces para llegar á ser un árbol, en una hora dada, se hace de tal manera irresistible el huracan, que el árbol bendito es cruelmente arrancado y hecho pedazos.

En nuestra época, tambien, son los fieles creyentes como Daniel en la cueva, ó como los niños en el horno. Para librarles de los mortíferos dientes de los leones ó del ardor de las llamas devoradoras, es necesaria la intervencion milagrosa de Dios ó de su ángel.

Trataré en primer lugar del espíritu pagano y de los obstáculos invencibles que encuentra la fe en el modo actual de enseñanza y educacion, tomando por guia á un escritor cuyas convicciones ardientes y valor apostólico admiro sinceramente. El paganismo en la enseñanza es verdaderamente el GUSANO ROEDOR de las sociedades modernas; y si su libro (1) ha excitado tantas iras, si le ha valido tantos desdenes, burlas é injurias, es porqué ha puesto

(1) EL GUSANO ROEDOR DE LAS SOCIEDADES MODERNAS, ó el *Paganismo en la educacion*, por Monseñor Gaume.—En 8.º de VII—114 páginas. París, Gaume, hermanos, 1851, 4 fr. 50.

LA REVOLUCION. Investigaciones históricas acerca del origen y propagacion del mal en Europa, desde el Renacimiento hasta nuestros días, por Monseñor Gaume.—12 tom. en 8.º París, Gaume, hermanos, 42 fr.

en la llaga profunda pero oculta su dedo inspirado, hierro agudo, boton de fuego que ha hecho exhalar gritos violentos, pero que quizás si no se le hubiese fatalmente apartado, habria podido curar un mal enorme.

No se me oculta que este capítulo es el más delicado y difícil de mi libro. Debo hablar una lengua desconocida, ó á lo menos completamente olvidada, que ya no se entiende, ó que no se quiere ya entender, la lengua de lo SOBRENATURAL. Lo sobrenatural, como el aire del ave, como el agua del pez, es un medio excelente por sí mismo, que bendicen los séres acostumbrados á vivir en su seno, pero que evitan y maldicen aquellos á quienes la naturaleza ó la costumbre han organizado para otros medios. Este es el secreto de la repulsion contra la fe que va ensanchándose cada día; hé aquí, tambien, por decirlo de paso, lo que debe hacernos tolerantes para las personas, en el mismo instante que detestamos cuanto podemos las doctrinas.

Cuando un órgano no ha sido excitado nunca, ó ya no lo es desde mucho tiempo, por el agente natural de su funcionamiento, se atrofia ó paraliza. Los peces y los crustáceos que viven en los rios subterráneos de las cavernas gigantes del Kentucky en donde la luz no ha penetrado jamás, como tambien las aves acuáticas alimentadas en las profundas y tenebrosas entrañas de las salinas de Polonia, son ciegos: su ojo, abandonado á sí mismo, ha quedado en el estado rudimentario.

De la misma manera se hace como imposible la percepcion de lo sobrenatural para aquellos á quienes la desgracia de su nacimiento, sus relaciones sociales, la atraccion de sus pasiones, la especialidad de sus estudios, ó la multiplicidad de sus negocios les ha llevado á un mundo en que la luz de la fe no puede ya alcanzarles. *El hombre animalizado*, dijo el grande Apóstol, *no percibe lo que es del espíritu de Dios; para él es locura; no puede comprenderlo, porque debiera juzgar por el espíritu, y él se ha hecho carne*. El ojo de su inteligencia, si es que la ceguera no

se ha hecho completa, es como un ojo enfermo al que la luz deslumbra y ofende.

Los hombres ilustrados que, en el dominio de la naturaleza de las ciencias y artes, creerian que les insultais si les hablarais de una comida sin cocinero, de un reloj sin relojero, de un cuadro sin pintor, de una estatua sin escultor, de un poema sin poeta, de un libro sin autor, sin compositor, sin impresor, se engullen como el agua la enormidad del universo sin Dios, de las maravillas de la organizacion sin mecánico supremo, de los fenómenos y leyes del movimiento y de la vida sin primer motor, sin soplo creador, sin legislador supremo. Luego que los sacáis del pequeño mundo en que se han encerrado, el sistema absurdo de los efectos sin causa es el único aceptado por su razon; se han colocado en el terreno de lo imposible, y en este terreno, lo falso es lo que tiene razon, y lo verdadero es lo que carece de ella.

Todo cuanto hay para nosotros de más sencillo, natural, de más absolutamente cierto, de más esencialmente necesario, la existencia de Dios, de los espíritus buenos y malos, de nuestra alma inmortal, de la vida futura, de la eternidad bienaventurada ó desdichada, etc., todo esto es para ellos ininteligible ó ridículo. Es como si se hablara á un ciego de nacimiento de la luz y de los colores, á un sordo de nacimiento de los sonidos y de la melodía. Pero si tuvieran á lo menos la modestia del ciego y del sordo! Estos no desprecian, no compadecen á sus hermanos más felices que ven y oyen; les reconocen el derecho de llorar por su desgracia.

Para dar una idea de la influencia de los medios, de la costumbre y educacion acerca de nuestros juicios é ideas, séame permitido acudir á un ejemplo que nos lleva á la invasion del espíritu pagano.

Tan identificado estaba Fenelon con las bellezas clásicas de Atenas, que no vaciló en formular en sus cartas sobre la elocuencia este dictámen verdaderamente extraño: «Los inventores de la arquitectura llamada gótica cre-

yeron sin duda aventajar á los arquitectos de Grecia. En un edificio griego todo es sencillo, todo está medido, todo está regulado por el uso, limitado por la verdadera razon. Al contrario, la arquitectura gótica levanta sobre pilares muy débiles una bóveda inmensa que sube hasta los cielos; todo está calado como carton, todo abierto, todo al aire. ¿No es natural que los primeros arquitectos góticos se hayan lisonjeado de haber aventajado por su vano refinamiento la sencillez griega...? Lucano debia naturalmente creer que era superior á Virgilio. Séneca podia imaginarse que brillaba mucho más que Sófocles. El Tasso ha podido esperar dejar tras de sí á Virgilio y Homero.» De este modo los autores gigantes de los magníficos monumentos, que en nuestro siglo sin fe excitan unánime y entusiasta admiracion, en concepto del ingenioso autor del *Telémaco*, libro cristiano en una forma ¡ay! toda pagana, eran para los arquitectos de la mitología lo que Lucano es á Virgilio, Séneca á Sófocles, el Tasso á Homero. Entremos en materia.

La religion cristiana habia vencido al paganismo, la fuerza bruta, al sofisma y herejía; habia finalmente conquistado el mundo. En medio del embrutecimiento más vergonzoso de los ánimos y caractéres, en el seno de un imperio gobernado por eunucos é invadido por los bárbaros, los Padres de la Iglesia, Atanasio, Ambrosio, Agustin, han llegado á ser los ecos elocuentes y escuchados de la doctrina más pura, de la moral más sublime. Su genio permanece solo en pié en la decadencia universal. Levántanse como fundadores en medio de ruinas. Y es que efectivamente son los arquitectos del grande edificio religioso y político del porvenir. El imperio romano se derrumbó; la Europa es civilizada por el Evangelio.

Falta desarraigar todavía un postrer fondo de salvajismo y rudeza; pero ya la sociedad es cristiana en su lenguaje, en sus instituciones, en sus leyes y en sus artes. Se ha dado el impulso á los ánimos, á las inteligencias y á las imaginaciones. Las pasiones son todavía vivas y bruscas;

no están absolutamente ahogadas las antiguas levaduras del paganismo; fermentan hasta en el santuario, en la Iglesia, en el seno del clero, cuyas costumbres no son siempre edificantes; pero la fe lo domina todo, y por ella queda en gran manera minorado el escándalo. Cada cual recuerda la frase del divino Maestro que selló la boca de Judas en su compañía: Haced lo que os dicen, y no hagais lo que hacen.

El cristianismo, rey del mundo durante más de mil años, se ha formado una lengua propia para expresar sus pensamientos más sencillos, más elevados, más profundos. Ya no es el culto absoluto de la forma, necesario al paganismo para ocultar la desnudez y pobreza del fondo; la forma al contrario se borra todo lo posible á fin de no trasladar al segundo plan la majestuosa belleza del fondo. Una multitud de genios, san Leon el Grande, san Gregorio el Grande, san Anselmo, el venerable Beda, Lanfranc de Cantorbery, san Bernardo, san Francisco de Asís, san Buenaventura, santo Tomás de Aquino popularizan la expresion perfecta de las ideas y de los sentimientos cristianos.

Los cantos de los trovadores, los cuentos, las novelas de caballería, las poesías de Dante y del Petrarca abren nuevos horizontes á la imaginacion y á la literatura.

El cristianismo habia creado ya obras maestras de arte desde los primeros siglos de la Edad media; pero á principios del siglo XI, se le ve como poseido de entusiasmo divino. Entre todos los pueblos se deja sentir una rivalidad sublime, acerca de quién levantará monumentos más bellos. Jamás los romanos, para edificar sus gigantescos, pero pesados edificios, sus acueductos, sus circos, sus anfiteatros, hicieron correr rios de oro en tanta abundancia, como los que hicieron correr nuestros piadosos antepasados para levantar sus catedrales y adornarlas. Apenas han pasado tres siglos desde que Europa se presenta á las deslumbradas miradas resplandeciente en obras incomparables de arquitectura, escultura, pintura y cinceladura.

Personajes desconocidos lanzan al aire las naves, las torres, las agujas góticas de proporciones gigantescas, pero perfectamente armoniosas. Los escultores, animados por divino soplo, cortan á manera de encajes millares de agujas, cuyas afiladas puntas parecen lanzar oraciones hácia el cielo, y hacen brotar de la piedra, ó del mármol, pueblos enteros de admirables estátuas, por la majestad de su posicion, lo natural de los ropajes, la sublimidad y delicadeza de las testas animadas. El pincel de los pintores, de Cimabue, Fra Angélico, Pisani, Giotto, Bellini, Hemmelinck, Alberto Durer, Vanucci, etc., escribe de una manera magistral la maravillosa epopeya del Cristianismo, y lleva la expresion de las fisonomías á una perfeccion que desespera. Los mosaistas convierten los pavimentos, bóvedas y ventanales de nuestros templos en jardines esmaltados de flores y dibujos de mil colores: los pintores de cristales trasladan las narraciones del Evangelio por medio de rasgos de luz y fuego arrebatadores é inimitables. Los cinceladores, los plateros, los joyeros, los bordadores rivalizan con tanto vigor y buen éxito, que no hay una humilde iglesia, ni un pobre monasterio que no tenga su tesoro de objetos de arte. El Occidente se convierte en inmenso museo, museo casto y moral de obras maestras inspiradas por un arte sobrehumano.

La razon, hija dócil de la fe, y tomando por punto de partida las verdades que aprendió en esta escuela infalible, procuraba descubrir sus relaciones ocultas, hacia resaltar su riqueza y variedad infinita, les pedia aplicaciones fecundas en resultados útiles. Unidas íntimamente las ciencias formaban una familia perfectamente subordinada. La teología era la madre y la reina; las demás ciencias eran sus hijas y súbditas. La madre mandaba é imprimia la direccion; las hijas trabajaban cada una en su esfera para el bien comun. De ahí salen las grandiosas síntesis que hacen de las obras de san Agustin, san Anselmo, Alberto el Grande, Alejandro de Alés, san Isidoro, y, sobre todo, de santo Tomás de Aquino, vastas auroras

que iluminan con su esplendor todas las cuestiones más abstractas del orden religioso, político, civil y doméstico. Las ciencias de raciocinio, herederas de la filosofía de los Padres de la Iglesia, apoyadas en creencias inquebrantables, unidas y firmes en principios ciertos, alcanzan en trabajos seculares una grandeza y extensión que después no se han igualado jamás. La filosofía era entonces una antorcha luminosa que alumbraba con espléndida luz todas las cuestiones relativas á Dios, al hombre y á las sociedades. Ya no faltaba más que sondear los misterios del mundo material y viviente, y veíanse ya aparecer en el horizonte los fundadores de la química, de la física, de la astronomía y de la fisiología modernas, Roger Bacon, Ramon Lull, Paracelso, Guttenberg, etc. El genio del hombre había conquistado ya la brújula, la pólvora, la imprenta, etc.

En resumen, la Edad media, ó mejor dicho, porque es su verdadero nombre, la EDAD DE FE, tan rebajada, tan calumniada, tenía la verdadera grandeza. En vano se buscaría en la historia de todo el mundo entero un rey más grande que Carlomagno ó más perfecto que san Luis; un genio más profundo y más universal que santo Tomás de Aquino; un escritor más atractivo, un orador más elocuente que san Bernardo; monumentos más vivificados por el espíritu cristiano, que nuestras antiguas catedrales; decoraciones más resplandecientes, mejor inspiradas, más instructivas que las vidrieras de nuestras catedrales basilicas; más fervor generoso y verdadero valor que en los cruzados; más intrepidez caballeresca que en las órdenes militares y hospitalarias; más abnegación y amor al pueblo que entre los Frailes mendicantes; más caridad sublime que en los religiosos consagrados á la redención de cautivos. No, jamás se vieron tan grandes creaciones y tan grandes hombres, por la razón de que nunca hubo tampoco tantos santos de virtudes heroicas.

El paganismo queda completamente vencido y como borrado de la tierra.

Habíase visto realizarse en cuanto es posible en este mundo el reinado de Dios, el reinado de Jesucristo que dirigía, gobernaba y mandaba por su santa Iglesia. Toda la Europa se muestra para con ella llena de sumisión y abandono filial en su fe, en sus costumbres públicas y privadas, sus instituciones, su filosofía, sus artes, lenguaje, etc. Es verdaderamente el campo del padre de familia perfectamente depurado, profundamente trabajado, ricamente estercolado, sembrado con extremo cuidado. Todo parece prometer una rica cosecha.

Por desgracia, al cabo de algunos años, amenazan desvanecerse tan brillantes esperanzas. Harto confiados, durmiéronse los guardas del campo; llegó el enemigo, y sembró la cizaña á manos llenas. Por de pronto no se advirtió nada, pero cuando hubieron crecido los tallos, cuando estuvieron formadas las espigas, el trigo se dejó ver invadido por la mala yerba. Espantados los centinelas, corrieron al padre de familia y le gritaron desde lejos: ¿No habiais sembrado buena semilla en vuestro campo?—Es indudable!—¿Por qué, pues, abunda tanto en él la cizaña? Aquí está la mano del enemigo, del espíritu pagano, que esperaba con mucha paciencia la hora en que pudiera tomar su desquite.

Expulsados en 1453 de Constantinopla que acaba de sucumbir á los ataques de Mahomet II, acuden en gran número á Florencia griegos literatos, trayendo consigo las obras de la filosofía, elocuencia, poesía y arte paganos de que son entusiastas admiradores, y gritando llenos de fanático orgullo: Instrúyete, bárbaro! Estaba entonces Europa trabajada por el espíritu de rebelión, á consecuencia del gran cisma de Occidente: y un eco inmenso respondió á la voz seductora de los nuevos apóstoles. Han pasado muy pocos años apenas, y ya no se habla sino de escritores y artistas de Roma y Atenas, de obras de los siglos de Augusto y Pericles. Salúdase con grande entusiasmo lo